Alvaro Fischer Abeliuk

De la Naturaleza Humana al Liberalismo Moderno

Una mirada desde la Ciencia

Unión Editorial
2026

© 2026 Álvaro Fisher Abeliuk

© 2026 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Hilarión Eslava, 21 • local • 28015 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-976-0
Depósito legal: M. 12.833-2026

Artes por Ignacio Rico Guastavino

Compuesto e impreso por El Buey Lector, S.L.
Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de Unión Editorial, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prefacio a la edición española 9
Prólogo a la edición española 13
Agradecimientos 19
Introducción 21

Primer movimiento 35
Comportamiento humano
Andante maestoso
Capítulo 1.- Tres imperativos 37
Capítulo 2.- Natura y cultura 49
Capítulo 3.- Altruísmo y egoísmo 65
Capítulo 4.- Psicología coalicional 77
Capítulo 5.- Estatus: diferenciarnos más que igualarnos 85

Segundo movimiento 99
Psicología moral
Adagio vivace
Capítulo 6.- Macacos, primates y bebés 101
Capítulo 7.- Sentimientos morales 111
Capítulo 8.- Cálculo moral 125
Capítulo 9.- Recapitulando 00

Breve interludio epistemológico 143
Bio-eco-maps
Biología-economía-moral-antropología-psicología-sociología
Adagio pensante

Tercer movimiento 175
Política y moral: los nudos del debate
Allegro vibrante
Capítulo 10.- El objetivo de la política 179
Capítulo 11.- Psicología moral y doctrinas políticas 185
Capítulo 12.- Interés propio e interés general..... 197
Capítulo 13.- Acciones colectivas y reparto..... 203
Capítulo 14.- Estado y mercado 213
Capítulo 15.- Globalización y tribalismo 221

Cuarto movimiento 229
Los pilares de la sociedad libre en el siglo xxi
Allegro ma non troppo
Capítulo 16.- La tensión entre libertad e igualdad..... 233
Capítulo 17.- El seductor meme socialista 247
Capítulo 18.- Una sociedad entretejida..... 261
Capítulo 19.- Siete opciones libertarias y una regla de oro... 275
Capítulo 18.- Pilares de una sociedad libre en el siglo xxi.... 287

Epilogo 309
Desafíos futuros
Presto

Bibliografía 319

Prefacio a la edición española

Este libro fue publicado en Chile a comienzos de 2018 bajo el título *De Naturaleza Liberal*. Su bajada de título —"cómo la moral y el comportamiento humano encuentran su mejor expresión en la sociedad liberal moderna"— afirma que estas últimas, las ideas liberales, aprovechan de mejor manera la naturaleza humana al momento de procurar el progreso de las sociedades. Sin embargo, ese título podía interpretarse de una manera distinta, como que la naturaleza de las personas es liberal, o que las personas son liberales por naturaleza. Eso es algo que el libro no sugiere. Por el contrario, a lo largo de sus páginas, se advierte que el pensamiento liberal es una construcción "cultural", en el sentido preciso que el texto da al término cultural, y, por lo tanto, el liberalismo no es, per se, parte de la naturaleza humana. De allí que en la edición española he modificado el título, cambiándolo a "De la Naturaleza Humana al Liberalismo Moderno", que hace una alusión más precisa a su contenido. Es decir que, a partir de los rasgos más universales de la naturaleza humana, aquellos que las ciencias sociales han determinado en el último medio siglo —adoptando la perspectiva evolucionaria— es posible concluir, luego de revisar los principales impulsores del comportamiento social y las raíces de nuestra psicología moral, que el liberalismo moderno, cuyos elementos fundamentales se identifican en el texto, es la organización societal que mejor consigue el progreso de las naciones. De ahí que la bajada de título —"un análisis desde la ciencia"— da a entender que el esfuerzo científico que han desarrollado los cientistas sociales evolucionarios para entender cómo somos, y por qué somos como somos, es uno

de los principales apoyos en los que se basan los argumentos que el libro expone, aunque no el único.

Ahora bien, han pasado más de ocho años desde la edición chilena. En el intertanto, los fundamentos científicos del libro no se han modificado de manera sustantiva, más allá de avances específicos en cuestiones técnicas, cuyo detalle no cambia la principal línea deliberativa del texto. En cambio, los acontecimientos mundiales de la última década sí han modificado el panorama político del planeta, desviando el debate en direcciones distintas de las presentes a comienzos de 2018. Así, en estos días, el liberalismo ha estado sometido a crecientes cuestionamientos —en ese momento eran todavía incipientes— dada la profusión de regímenes "iliberales" o autocráticos que se han instalado en el mundo. Se le acusa de no ser capaz de resolver los problemas modernos, como la inmigración, y que la globalización, impulsada por las ideas liberales, ha perdido prestigio, sustituyéndose en vez por un creciente proteccionismo, fundado en las desconfianzas que los grandes bloques y las potencias con aspiraciones hegemónicas han ido construyendo entre sí.

No es este prefacio el lugar en el que hacerse cargo seriamente de esas críticas. Por una parte, porque quienes, desde el "iliberalismo" las sostienen, no han elaborado con profundidad una doctrina que pueda distinguirse claramente como tal. Por otro, porque los argumentos que el libro entrega respecto de la validez de las ideas liberales siguen estando vigentes, y se siguen sosteniendo en los antecedentes que el libro presenta. Más aun, el libro sí tiene un capítulo en el que describe el origen de la permanente oposición entre tribalismo y globalización. En él se afirma que ese desencuentro proviene de un aspecto fundamental de la naturaleza humana: la llamada "psicología coalicional", tratada en detalle en uno de sus capítulos. Se trata de uno de los tres impulsores de nuestro comportamiento social que se identifican en el texto, el que da lugar a la facilidad con que las personas se sienten pertenecientes a ciertos grupos —religiosos, políticos, familiares, ideológicos, nacionales, entre muchos otros— y que los lleva muchas veces a considerar al resto de los grupos como sus adversarios, o, en ocasiones, sus enemigos.

De manera que la dificultad que las sociedades modernas tienen para procesar la inmigración masiva, o para comerciar libremente, aprovechando todas las ventajas que la ciencia económica le atribuye, también se ancla en aspectos de nuestra naturaleza. Las emociones contrarias a la

inmigración masiva, o la desconfianza y preocupación que genera en algunos la inundación de productos provenientes de otras latitudes, especialmente de países que aspiran a transformarse en potencias, son rasgos tan humanos como los que reconocen el valor y los beneficios que trae la llegada de inmigrantes esforzados, o valoran la importación de bienes de mayor calidad o mejor precio provenientes de otras latitudes. La doctrina liberal aboga en favor del libre tránsito de personas, bienes y servicios, por los beneficios que conlleva en situaciones normales, y entiende que su implementación debe responder a normas aprobadas democráticamente, que institucionalicen esos procesos; pero, a su vez, comprende que sus excesos, o los problemas que surjan en casos específicos, requieren ser tratados de manera especial conforme a esas mismas instituciones.

El libro utiliza una serie de ejemplos de situaciones reales para ilustrar algunas de las afirmaciones que se hacen respecto de las motivaciones o el comportamiento de las personas. No es de extrañar que, por razones obvias, algunos de ellos correspondan al período de tiempo en el que escribí esa primera edición, y otros correspondan a situaciones de otras épocas. En todo caso, esos ejemplos solo pretenden facilitar la comprensión del lector respecto del contenido abstracto de esas afirmaciones, pero no modifican el que ellas pretendan tener una validez de carácter general, ni que la ausencia de ejemplos de estos días tenga algún significado especial.

Con todo, esta edición española del libro es, en lo esencial, el mismo ejercicio intelectual al que me aboqué en la primera edición, y la perspectiva, los antecedentes científicos, los principios y argumentos desplegados, no los he modificado desde entonces. En esta ocasión ofrezco el libro a una audiencia más amplia, apoyado en el hecho de que Unión Editorial, cuando le presenté este proyecto, se sintió motivada a publicarlo, algo que agradezco especialmente.

Álvaro Fischer
Enero 2026

Prólogo a la edición española

La Política después de la Ingenuidad

Durante décadas, buena parte de la política occidental -y la española no es una excepción- ha partido de un supuesto tan cómodo como problemático: que el ser humano es, en lo esencial, maleable. Que basta con diseñar bien las normas, educar con la pedagogía adecuada y ajustar los incentivos correctos para que la conducta individual se alinee dócilmente con los fines colectivos deseados. El fracaso recurrente de muchas políticas públicas suele explicarse entonces como un error de implementación, una falta de recursos o una insuficiente "voluntad política". Rara vez se formula la pregunta incómoda: ¿y si el problema no estuviera en los medios, sino en la concepción del ser humano que subyace a ellos?

El libro que el lector tiene entre sus manos parte precisamente de esa sospecha. Y lo hace en un momento intelectual poco propicio. Vivimos una época dominada por una curiosa combinación de moralismo político y tecnocratismo ingenuo. Por un lado, se cree que basta con declarar virtuosos ciertos fines para que la realidad termine obedeciendo. Por otro, se confía en que los datos, los expertos o los algoritmos suplirán lo que antes se atribuía a la ideología. En ambos casos, la naturaleza humana aparece como un detalle menor: algo que puede corregirse, reeducarse o, en el mejor de los casos, ignorarse.

Álvaro Fischer propone lo contrario: empezar por ahí. No como coartada moral ni como excusa conservadora, sino como condición de posibilidad de la política. Su tesis central es tan sencilla como perturbadora:

hay rasgos del comportamiento humano que no desaparecen por decreto, ni por persuasión cultural, ni por acumulación normativa. La política que los desconoce no sólo es moralmente discutible; es, sobre todo, ineficaz.

Este punto de partida explica tanto el interés como la incomodidad que genera el libro. Fischer introduce en el debate político contemporáneo un cuerpo de conocimiento -la psicología evolutiva y las ciencias del comportamiento- que muchos preferirían mantener en cuarentena cuando se trata de cuestiones normativas. El temor es conocido: confundir lo que es con lo que debe ser. Pero el argumento de Fischer no consiste en legitimar moralmente la naturaleza, sino en recordar que la política opera siempre bajo restricciones antropológicas. No todo lo deseable es viable; no todo lo justo es sostenible.

Este desplazamiento del foco -de la intención moral a la viabilidad humana- recorre todo el libro. Nuestra sensibilidad moral, nuestras intuiciones sobre justicia, cooperación, mérito, castigo o reciprocidad, no son construcciones culturales arbitrarias. Son el resultado de una larga historia evolutiva. No somos una "página en blanco" sobre la que la cultura escribe libremente. Somos un animal social con un cableado cognitivo y emocional previo, que la cultura puede modular, pero no rediseñar desde cero.

Tomada en serio, esta idea obliga a revisar una buena parte del discurso político contemporáneo, en particular aquel que confía en la ingeniería social como herramienta privilegiada de transformación. El impulso utópico -la aspiración a modelar un "hombre nuevo" mediante instituciones deliberadamente diseñadas- aparece aquí como una forma de soberbia intelectual: la creencia de que la voluntad política puede imponerse sin costes a una arquitectura humana que no ha sido diseñada para obedecerla.

Uno de los capítulos más provocadores del libro es el que establece la conexión entre Adam Smith y Charles Darwin. Fischer sostiene que tanto el mercado como la evolución biológica responden a una misma lógica de orden espontáneo: procesos complejos que generan resultados estables sin necesidad de un planificador central. La mano invisible y la selección natural serían dos nombres para una misma intuición fundamental: el orden puede emerger del caos de interacciones descentralizadas, guiadas por información dispersa y adaptación constante.

Esta analogía sigue siendo profundamente incómoda. Para ciertos sectores de la derecha, aceptar a Smith ha sido siempre más fácil que

aceptar a Darwin; para buena parte de la izquierda, ocurre lo contrario. Fischer obliga a mirar de frente esa incoherencia. Si aceptamos que la complejidad biológica no necesita un diseñador, ¿por qué insistimos en que la complejidad social sí lo necesita? Y si celebramos la diversidad y la adaptación en la naturaleza, ¿por qué desconfiamos sistemáticamente de esos mismos procesos cuando operan en la esfera económica?

De esta concepción se desprende una defensa de la libertad -especialmente económica- que no es romántica ni moralista. La libertad altera los patrones. Produce desigualdad. Genera resultados dispares. Pero esa desigualdad no es necesariamente un fallo del sistema, sino la manifestación de un impulso profundamente humano: la búsqueda de diferenciación, de estatus, de reconocimiento. Intentar suprimirla en nombre de una igualdad sustantiva no elimina ese impulso; lo desplaza hacia la informalidad, la trampa o la hipocresía institucional.

Este punto resulta particularmente relevante para el lector español. Nuestra tradición política, marcada por un fuerte estatismo y una confianza persistente en la capacidad correctora del poder público, tiende a interpretar la desigualdad como una anomalía moral que debe ser corregida, no como un fenómeno estructural que debe ser gestionado. El resultado ha sido a menudo una proliferación normativa que promete más de lo que puede cumplir y que termina generando frustración social y deslegitimación institucional.

Conviene subrayar, sin embargo, lo que este libro no dice. Fischer no propone un darwinismo social burdo ni una legitimación acrítica de cualquier desigualdad existente. No sostiene que lo natural sea moralmente bueno ni que la política deba limitarse a contemplar pasivamente los resultados del mercado. Reconoce explícitamente la existencia de impulsos cooperativos, de intuiciones igualitarias y de una sensibilidad hacia la injusticia que forman parte también de nuestra herencia evolutiva. La cuestión no es eliminar la redistribución o la solidaridad, sino entender bajo qué condiciones funcionan y bajo cuáles se pervierten.

Aquí emerge una pregunta decisiva y sorprendentemente poco explorada: si conocemos cada vez mejor cómo funcionan los sesgos, intuiciones y atajos cognitivos del ser humano, ¿por qué ese conocimiento se ha utilizado tan poco para diseñar mejores instituciones de gobierno? La economía del comportamiento ha transformado la comprensión de los mercados y de la toma de decisiones individuales, pero su traducción al

núcleo duro de las instituciones políticas sigue siendo tímida, fragmentaria y, en muchos casos, decepcionante.

El contraste con el trabajo de Richard Thaler es tentador. Thaler mostró que no hacía falta imaginar ciudadanos plenamente racionales para mejorar resultados sociales: bastaba con aceptar la psicología real de las personas y diseñar entornos de decisión que orientaran suavemente el comportamiento. Los 'nudges' (empujoncitos) no sustituyen la libertad, la encauzan. No imponen fines, reducen fricciones. Funcionan precisamente porque toman en serio la inercia, la aversión a la pérdida o la preferencia por el statu quo.

Sin embargo, ese enfoque apenas ha sido trasladado al diseño de los sistemas de gobierno. Se ha aplicado -con éxito desigual- a políticas públicas concretas, pero rara vez a la arquitectura institucional: cómo votamos, cómo se estructuran los incentivos dentro del Estado, cómo se diseñan los mecanismos de rendición de cuentas o cómo se canalizan la cooperación y el conflicto en sociedades complejas. En ese sentido, el camino que abre Fischer sigue siendo un camino extraordinariamente poco transitado. Su propuesta no se limita a advertir que la naturaleza humana importa; invita a tomarse en serio la idea de que las instituciones deben diseñarse con esa naturaleza, no contra ella. No para manipularla, sino para canalizarla. No para explotar los sesgos, sino para neutralizar sus efectos más destructivos. No para sustituir la deliberación democrática, sino para hacerla viable.

Quizá una de las razones por las que este camino ha sido poco explorado es que resulta incómodo para todos. Para la izquierda, porque erosiona la confianza en la pedagogía moral y en la transformación deliberada del ciudadano. Para la derecha, porque obliga a reconocer que los mercados y la libertad no se sostienen solos y que el diseño institucional importa más de lo que suele admitirse. Para los tecnócratas, porque introduce una dosis de humildad antropológica incompatible con la ilusión del control total.

Desde una perspectiva liberal -no doctrinaria, sino escéptica-, esta es quizá la principal virtud del libro. Frente al liberalismo racionalista, que confía en ciudadanos abstractos capaces de deliberar imparcialmente al margen de sus intereses, Fischer recuerda que la razón suele actuar como abogada de intuiciones previas, no como juez neutral. Diseñar instituciones sobre la base de agentes perfectamente racionales puede ser elegante

desde el punto de vista teórico, pero resulta frágil cuando se enfrenta a la conducta real de los individuos. El valor de este libro no reside en ofrecer un programa político cerrado, sino en reordenar el campo de juego. No promete una sociedad mejor, sino una política menos ingenua. No ofrece consuelo moral, sino límites. Y en una época dominada por la desmesura, por la falta de contrapesos, por la creencia de que todo puede transformarse si la causa es lo bastante noble, reivindicar los límites no es una actitud reaccionaria, sino una forma de lucidez.

Por eso este libro importa hoy, y por eso tiene sentido esta edición española. No para cerrar debates, sino para abrirlos en un terreno más honesto. El lector decidirá hasta qué punto comparte las conclusiones. Pero difícilmente podrá leer estas páginas sin que se le desmorone alguna certeza cómoda. Y eso, en el panorama intelectual actual, ya es mucho.

John Müller
Madrid, enero de 2026

Agradecimientos

Durante el largo período de tiempo en el que estuve reflexionando sobre los temas que finalmente cristalizaron en este libro, tuve la oportunidad de interactuar con varios de los más importantes cientistas sociales que analizan el comportamiento humano desde la perspectiva evolucionaria, y que han estado construyendo esa disciplina en los últimos 30 años. Quisiera agradecer el que ellos tuvieran la buena disposición para tener estimulantes e iluminadoras conversaciones conmigo, que me sirvieron tanto para aclarar mis ideas como para mejor comprender el contenido de sus escritos.

Entre ellos quisiera destacar a Leda Cosmides, del Center for Evolutionary Psychology de la U. de California en Santa Bárbara, quien a través del tiempo nos ha honrado a Ximena, mi esposa, y a mí, con su amistad, y además, se ha transformado en una asidua visitante de nuestro país. Tanto en esas visitas, como en los congresos y seminarios a los que hemos asistido en conjunto, y en las visitas que nosotros hemos hecho a Santa Bárbara, hemos tenido la ocasión de profundizar ideas y discutir conceptos, útiles para mi propio proceso de reflexión, y para construir una mirada balanceada de lo que esta perspectiva involucra. Adicionalmente, quisiera mencionar al antropólogo John Tooby, su marido, al psicólogo cognitivo Steven Pinker y su esposa, la filósofa Rebecca Goldstein, al primatólogo Richard Wrangham, al antropólogo fisico Dan Liebermann, al psicólogo Jonathan Haidt, al zoólogo Matt Ridley, al antropólogo Pascal Boyer, al filósofo de la ciencia Jesús Mosterín (quien lamentablemente falleció mientras preparaba la edición de este libro), al filósofo Dan Dennett y al antropólogo Daniel Sznycer, entre los más cercanos.

Asimismo, quiero agradecer las permanentes conversaciones y discusiones que he mantenido a lo largo de los años con el economista Harald Beyer y el sociólogo y cientista político Eugenio Guzmán sobre todos los temas tratados en el libro, y muchos más, pues todas ellas me han servido para contrastar ideas, expandir conocimientos y me han permitido nutrirme de su inteligencia. Adicionalmente, tengo que expresar mis agradecimientos a quienes leyeron pacientemente el texto y me enviaron sus valiosos comentarios: a Daniel Sznycer, quien lo hizo desde Arizona y

Montreal, a mi hija Claudia, con quien compartimos entusiasmo, curiosidad e interés por todos estos temas, y a Ximena, mi esposa, cuya inteligencia y conocimientos constituyen siempre una fuente de inspiración para mí.

Quiero agradecer también a Raúl Alcaíno, amigo desde los tiempos de la universidad y compañero de aventuras empresariales por casi 40 años, quien puso a mi disposición, y en varias ocasiones, un magnífico lugar en el sur de Chile, donde tuve la tranquilidad para escribir de manera concentrada, en medio de un bello e inspirador paisaje, pasajes que resultaron cruciales para darle forma al texto que presento a continuación.

Asimismo, agradezco a todo el equipo de Union Editorial por haberse interesado en este proyecto y llevado adelante la publicación de este libro.

Finalmente, este libro no hubiera sido posible de escribir sin contar con el apoyo de mi familia, de Ximena, Claudia, Benjamín y Daniela, que no solo me soportaron sino que me apoyaron permanentemente a lo largo de este proyecto, y cuya inclinación positiva hacia estas materias proveyó del ambiente adecuado para desarrollarlas.

Santiago, marzo de 2026

Introducción

Fui construyendo las motivaciones que me impulsaron a escribir este libro en un caldo vital de lento cocimiento. Ellas surgieron de la interacción entre la sucesión de hechos y vivencias que constituyen mi vida y los diversos marcos conceptuales abstractos con los cuales uno puede interpretar la realidad.

Soy ingeniero matemático por formación, emprendedor por profesión y curioso intelectual por vocación, y al interior de esa trilogía de circunstancias e intereses se fue armando el entramado de ideas que presento en este ensayo. Ellas se sustentan en un esfuerzo por permanecer fiel al rigor lógico que exige la matemática, mi gran amor juvenil, en las experiencias vividas en ese inmenso laboratorio del comportamiento humano que es el mundo de los negocios, y en las lecciones aprendidas en tantas horas de lectura y conversaciones personales con protagonistas del saber evolucionario contemporáneo, asistiendo a congresos, seminarios y talleres con ellos.

Fui rumiando los conceptos e ideas aprendidos, en una multitud de sesiones de trote por las calles de Santiago y de diferentes ciudades del mundo. Busqué patrones y relaciones entre ellos en permanentes conversaciones con amigos con quienes compartimos estos intereses y con Ximena, mi esposa, alimentado siempre por la curiosidad que me ha servido de permanente combustible en esta aventura.

¿Cómo se relacionan nuestros rasgos conductuales —parte de la naturaleza humana— con los sentimientos morales con que enjuiciamos ese comportamiento? ¿Cómo se confabulan ambos elementos para producir las doctrinas políticas con que intentamos orientar nuestras sociedades? ¿Por qué, desde ese análisis, la doctrina liberal es la que surge como más apropiada para organizar la vida en las sociedades contemporáneas? Esas son las preguntas que intentaré contestar a lo largo de estas páginas. Serán respuestas necesariamente incompletas, seguramente no exentas de errores. Estarán construidas a partir de los avances de las ciencias del comportamiento en los últimos cuarenta años, lo que constituye una manera no tradicional —pero, a mi juicio, la única posible de utilizar en el futuro— de abordar esta temática, aunque, obviamente, reflejarán mi particular forma de organizarlos y describirlos .

La naturaleza humana es un concepto controversial. Hay quienes sostienen que no hay tal naturaleza y que las personas nacemos como una página en blanco. Piensan que todo está abierto para ser construido socialmente, en tantas y distintas direcciones como nuestra imaginación y nuestra voluntad nos permitan. Sin embargo, si los seres humanos somos el resultado del proceso evolutivo seguido por los organismos vivos desde hace 3.700 millones de años; si todos esos organismos vivos son el resultado de una cadena ininterrumpida de reproducciones exitosas de cada uno de sus antecesores; si consideramos, además, que esa cadena se construyó copiando la información encriptada en el DNA de cada individuo de una generación a otra, muchas veces de una manera no perfecta, debido a las mutaciones y recombinaciones genéticas ocurridas en el camino, entonces nada parece casual o espontáneo. Conseguir que todos los organismos hayan sobrevivido y se hayan reproducido consecutivamente hasta llegar al momento actual establece una ligazón común que ha ido estableciendo, a lo largo de la historia, las características que cada especie exhibe, y en ello los seres humanos no somos una excepción.

Esa historia evolutiva fue seleccionando, reteniendo y moldeando aquellos atributos que mejor sirvieron a los individuos que los poseían para seguir traspasando sus genes a la siguiente generación, acumulando diseño a lo largo del proceso. Entre ellos, nuestros sistemas cognitivo y emocional, además de algunos aspectos de nuestra psicología moral, tan específicos de nuestra especie, que constituyen lo que normalmente llamamos naturaleza humana. A través de ellos, nuestra mente procesa la información que recibimos y reacciona a ella produciendo conductas. Y también con esos sistemas se generan nuestros sentimientos morales.

Como esa naturaleza humana está presente siempre y nos acompaña en todo momento, no nos damos cuenta de su existencia, así como no notamos el aire que respiramos a cada instante. Pero toda nuestra vida está organizada en torno a ella. Más aún, las relaciones entre nuestra naturaleza y la cultura, es decir, aquella información que no se traspasa genéticamente, sino que pasa de una mente a otra por imitación, aprendizaje o enseñanza, están siempre organizadas de tal forma que la cultura se subordinada a lo que la naturaleza habilita y admite.

Una tarde en Vaucluse

Entre 1337 y 1353, el poeta italiano Petrarca vivió en Vaucluse, un pequeño pueblo de la Provence, en el sur de Francia. El pueblo debe su nombre y fama a la Fontaine de Vaucluse, un surgimiento de agua verde esmeralda proveniente de las entrañas de la tierra. Su profundidad, hasta ahora desconocida, y su belleza, que contrasta con la aridez de la zona circundante, le han conferido a lo largo de la historia un aura misteriosa y mágica. Junto a ella, Petrarca escribió su Cansonnere, consumido por un amor platónico por la bella Laure de Noves, a quien vio por primera vez en una iglesia de Avignon, en 1327.

Hoy día, la fuente es una de las atracciones turísticas de la zona, y quienes la visitan dicen sentir el embrujo que la llevó a ser un centro de culto desde la antigüedad. Fuimos a conocerla como parte de un recorrido turístico que hicimos con Ximena por esa región. Desde el pueblo caminamos por el sendero que conduce a la fuente, a uno de cuyos costados se encuentra el río que la desagua, de aroma fresco y húmedo, y al otro, la pared rocosa del cerro decorada con diversas placas alusivas al lugar. Hay una escrita en provençal, en honor a su más famoso representante, el escritor y poeta Federico Mistral; las otras recuerdan a Petrarca, quien acrecentó la fama de la fuente, y están escritas en varios idiomas: en francés, dedicada por el pueblo de Vaucluse, en italiano, dedicada por la Sociedad Dante Alighieri, y hasta en un léxico de difícil comprensión, pero que evoca sonidos familiares, y a cuyo pie se lee, orgullosamente destacado,

LANGUE INTERNATIONALE ESPERANTO

¿Por qué los seres humanos tenemos tantos idiomas para expresarnos? ¿Por qué no uno solo? ¿Es ese un rasgo de nuestra naturaleza o de nuestra cultura? Recuerdo que en mi juventud incursioné brevemente en el estudio del esperanto, pero lo abandoné en cuanto advertí que su propósito no me sedujo con la intensidad que pensé que lo haría. Mi abandono quedó inscrito en el desinterés generalizado de tantos otros que impidió que el esperanto alcanzara la calidad de *lingua franca* universal a la que aspiraba.

Ese día, junto a la Fontaine de Vaucluse, quedé perplejo. ¿Acaso no era una buena idea construir un lenguaje que utilizara las raíces de los idiomas más conocidos para armar su vocabulario y que incorporara las consonantes con los sonidos más usados de las distintas lenguas para facilitar su vocalización? ¿Acaso eso no hacía más sencillo su aprendizaje, facilitando el que todos pudieran utilizarlo? ¿No conseguiría con ello coordinar de mejor forma a los seres humanos? ¿Por qué, entonces, la idea no prendió? ¿Por qué nunca le llegó su tiempo?

Quizás tuvo que ver con que una lengua como el esperanto, construida de manera artificial[1], no siguió el camino natural que condujo a la aparición de la multitud de hablas que se han conocido a lo largo de la historia y que se usan en distintas partes del mundo. Quizás quien la concibió ignoró, posiblemente sin advertirlo, algún elemento esencial de nuestros rasgos psicológicos, necesario para hacer surgir nuevos idiomas o dialectos. O ni siquiera eso: tal vez no pudo alcanzar en su momento la masa crítica requerida para constituirse en una ola cultural incontrarrestable, como lo está logrando ahora el inglés, cuya permanente utilización en el mundo de los negocios y de la ciencia lo ha transformado, en la práctica, en la más importante segunda lengua para las personas del mundo global del siglo XXI. ¿Estará el proceso de construcción de nuevos idiomas ligado a nuestra naturaleza, o es sólo el resultado de una imitación cultural?

Cuando se examina la historia del surgimiento de los distintos idiomas, es frecuente observar que a partir de la interacción entre grupos pequeños se van estableciendo modismos, palabras o pronunciaciones novedosas que se transforman posteriormente en dialectos o, incluso, idiomas distintos, cuando las comunidades se apartan y constituyen grupos relativamente aislados unos de otros. El proceso de diferenciación paulatino, desde la fonética de las palabras a las palabras mismas, ha sido común en diversas partes del planeta. Ocurrió con las lenguas romances y con las germánicas, con aquellas empleadas por la multitud de tribus que habitan Nueva Guinea y las distintas regiones de África. En general, es lo que ocurrió en prácticamente todo el mundo. En su libro *Genes, Pueblos y Lenguas* (2010*),* el genetista italiano Luigi Luca Cavalli-Sforza logró re-

---

1 Creada por el médico L.L. Zamenhof, originalmente con el nombre de Lingvo Internacia, Sus bases fueron publicadas en 1887.

lacionar la genética con la evolución de las lenguas de poblaciones humanas en distintos lugares geográficos, mostrando que grupos genéticamente aislados habían dado lugar a idiomas o dialectos distintos siguiendo ramificaciones casi idénticas.

Ello calza muy bien con un rasgo fundamental de la mente humana: la psicología coalicional, que analizaremos con más detalle en el capítulo 4. Es la que nos hace sentirnos parte de un grupo con cuyos miembros tenemos algún aspecto en común, como la nacionalidad, el equipo de fútbol de nuestros amores o la escuela en la que estudiamos. Presente desde nuestro pasado cazador-recolector, a lo largo de la historia ha permitido a las personas distinguir a los miembros de la propia comunidad de aquellos de comunidades ajenas, así como discernir entre amigos y enemigos, todas distinciones vitales para la supervivencia. Para identificar a los miembros del grupo propio o distinguir al que pertenece a uno ajeno se requieren pistas cognitivas, entre las cuales estaba la lengua, el dialecto o la particular pronunciación que esas personas utilizaban. En efecto, casi siempre que las personas abren la boca y pronuncian una frase, revelan su origen. Rex Harrison, encarnando al solterón profesor Higgins en la inolvidable película *Mi Bella Dama* (1964), nos lo ilustró persuasivamente, basado en la genialidad dramática del *Pigmalion* de George Bernard Shaw. Pero también podríamos interpretarlo al revés. Podríamos afirmar que cada comunidad, quizás inconscientemente, fue modificando sus vocablos, palabras o particular pronunciación, para establecer un rasgo que los identificara y diferenciara del resto, para así reconocerse con facilidad y saber en quien confiar y en quien no, en forma opuesta a lo que ocurre con la vestimenta u otras costumbres, fácilmente imitables.

Lejos de ser un fenómeno casual, la diferenciación de los idiomas a lo largo del tiempo estaría ligado a elementos consustanciales a las características de nuestra especie, como la psicología coalicional, lo que, al parecer, el oftalmólogo polaco L.L. Zamenhof, creador del esperanto en 1876, no consideró. Quizás eso perjudicó su aspiración de transformarla en una lengua universal. A pesar de ello, la idea de que un idioma pueda ser usado por grandes cantidades de personas, como está ocurriendo crecientemente con el inglés, muestra que la idea original de Zamenhof tenía sentido, especialmente ahora que vivimos insertos en una sociedad global. Lo que este no calculó, es que se requería de ciertas condiciones

de contexto para que ello tuviese lugar, que no se daban cuando introdujo el esperanto. Si Zamenhof hubiese sabido que las distintas lenguas fueron apareciendo, entre otras razones, porque la psicología coalicional, moldeada por selección natural, ayudó a que así ocurriera, habría reflexionado con más cuidado sobre la eficacia de introducir una lengua como el esperanto de la manera artificial en que lo hizo. Se habría dado cuenta que no bastaba con la buena intención que él tenía de que todos los seres humanos pudiesen comunicarse a través de un único idioma común, para que todo su plan ocurriera de manera exitosa. O bien habría intentado conseguir más rápidamente la masa crítica de hablantes en esperanto, que hiciera imposible ignorarlo.

El fracaso del experimento de Zamenhof tiene que ver con un concepto fundamental para los propósitos de este libro: la distinción entre *natura* y *cultura*. Con ello, me refiero a la diferencia que hay entre la información que se transmite genéticamente de una generación a otra (natura) y aquella que se hace por aprendizaje, imitación o enseñanza a lo largo de nuestras vidas (cultura). Lo que el ejemplo del esperanto ilustra, es que se requiere de un entramado de instituciones apropiadas que se conecten de manera virtuosa con nuestra naturaleza para que una buena idea se concrete. La naturaleza humana nos condujo a las variedades de dialectos e idiomas que conocemos, pero fue el desarrollo cultural el que ha permitido que un idioma particular, como el inglés, se haya transformado en uno casi universal. La interrelación entre natura y cultura, sus implicancias en nuestro comportamiento y en sus resultados es lo que exploraremos en el capítulo 2

Sesgos naturales de nuestra conducta

La naturaleza humana, construida laboriosamente a través de la historia evolutiva de los homíninos[2], impone sesgos en nuestras disposiciones conductuales, sesgos de los que hay que hacerse cargo al momento de establecer doctrinas políticas.

En otras palabras, los grados de libertad que tenemos para construir sociedades no son infinitos, sino que están acotados por la naturaleza de nuestra arquitectura neuronal y por los sentimientos morales que compartimos como especie. Esa, que parece ser una razonable aseveración, se enfrenta, sin embargo, con nuestros permanentes deseos de alcanzar estados sociales ideales, construidos por nuestra imaginación, la que, efectivamente, parece no tener límites.

Pero si formulamos nuestras doctrinas políticas queriendo alcanzar esos estados ideales sin considerar esos sesgos, ni nos hacemos cargo de las limitaciones que imponen, difícilmente lograremos los objetivos originales que esas doctrinas tuvieron al momento de formularse. Dichos sesgos no habrán desaparecido sólo porque alguien propuso una doctrina utópica. Son las conductas de las personas, orientadas por estos, las que determinan el resultado social final de cualquier doctrina política. Como veremos en las páginas siguientes, el comportamiento promedio de las personas está sesgado por patrones y motivaciones naturales. Por lo tanto, si estos están en desacuerdo o en desencuentro con el propósito de esa doctrina, el resultado será frustrante.

Nuestros impulsores conductuales, esculpidos por selección natural, son los ocultos orientadores de la forma en que nos comportamos, y tienen mucha más fuerza que las idealizadas aspiraciones de los intelectuales que imaginan propuestas sin anclaje con nuestra naturaleza. Por ello, cuando eso ocurre, nuestras reacciones a las normas instituidas terminan yendo en direcciones que no necesariamente están en consonancia con los objetivos buscados ni con las intenciones que tenían quienes formularon aquellas doctrinas o políticas. No es suficiente imaginar o construir formas de convivencia que juzguemos *a priori* como "más justas", "mejor intencionadas" o "más compasivas". Si no calibramos previamen-

---

2 En la actual terminología taxonómica, los homíninos pertenecen al género *Homo* y los homínidos a la familia de los primates.

te las posibles consecuencias que ellas generen, estas pueden resultar muy distintas de las esperadas, y habremos errado lastimosamente en nuestro propósito. La historia del siglo XX está llena de ejemplos de ello. Sin embargo, la naturaleza humana está lejos de predeterminar todo nuestro comportamiento. Ella sólo impone sesgos a nuestras conductas, lo que deja un amplio espacio para imaginar y construir una variedad de instituciones que los aprovechen de manera beneficiosa.

Para establecer reglas de convivencia e instituciones públicas, y hacerlo con alguna probabilidad de éxito, es necesario conocer mejor cómo somos los seres humanos. Más aún: por qué somos como somos. En esto han estado las ciencias del comportamiento humano en los últimos treinta años, especialmente luego de adoptar la perspectiva evolucionaria como la base para formular sus hipótesis explicativas. Gracias a sus avances, ahora contamos con un mejor conocimiento científico respecto de nuestro comportamiento, que nos permite relacionar a la naturaleza humana con los sentimientos morales, a estos con las doctrinas políticas, y a ambos, a su vez, con la perspectiva liberal para abordar a estas últimas.

La perspectiva liberal

El resultado de la interacción entre las reglas e instituciones propuestas por las doctrinas políticas y el comportamiento a que ellas dan lugar se produce en el espacio de libertad que éstas le entreguen a las personas para actuar. Si las reglas instituidas están, de alguna manera esencial, desvinculadas de la naturaleza de las personas, su cumplimiento requerirá de un esfuerzo opresivo singular. Si, en cambio, esas reglas aprovechan las fuerzas de la naturaleza humana para obtener sus propósitos, su cumplimiento no exigirá necesariamente una coacción y sus buenos resultados alimentarán un círculo virtuoso. El libre ejercicio de las motivaciones humanas, aún cumpliendo reglas sociales, pero reglas que no contradigan su naturaleza, es el camino para mejorar el funcionamiento de las sociedades y para que las personas alcancen sus aspiraciones. De ahí la importancia de desentrañar los rasgos esenciales de la psiquis de los humanos, aquéllos que están en la base de la naturaleza humana y que no han sido modificados por el factor cultural, lo que haremos en las primeras dos partes del libro.

Sin embargo, el hecho que nuestra naturaleza no haya cambiado, porque nuestro genotipo no se ha modificado de manera sustancial en los últimos cien mil años, está lejos de determinar la historia humana. Como veremos a lo largo de los próximos capítulos, la incesante y compleja interacción entre natura y cultura, con la segunda subordinada a la primera, es la que produce la deriva que llamamos historia humana.

Este libro pretende argumentar en favor de la libertad y la autonomía individual como el centro fundacional que articule nuestros objetivos políticos en el siglo XXI. Eso no significa creer que llevando una vida aislada del resto, como individuos autónomos libres cual átomos sueltos en el espacio social, es la manera cómo deseamos conducir nuestra existencia. No. Por el contrario, sólo desarrollando una intensa vida social, en la que cada persona forme parte de una compleja red de relaciones mutuas, como un vasto conjunto de moléculas interactuando entre sí, es como lograremos satisfacer nuestras necesidades, aspiraciones y motivaciones de manera más plena. Pero para que esas interacciones se den y florezcan de manera que beneficen a cada individuo en sus metas personales —y que, por esa vía, beneficien al conjunto de la sociedad— es necesario que ocurran en un espacio que respete la libertad y la autonomía indiviual de cada quien. Ese debe ser el principio fundacional sobre el cual, y *a posteriori*, se establezcan las debidas consideraciones y restricciones nacidas de las interferencias que los proyectos de cada uno impongan a los de otros. Ello, a pesar de entender, como lo explicaremos en más detalle en el capítulo 3, que el interés individual no es lo único que nos mueve, sino que éste coexiste, de manera esencial y permanente, con la cooperación con los otros y con el interés general y el consiguiente bienestar colectivo al que también aspiramos.

Intentaré transmitir a lo largo de estas líneas que la libertad y la autonomía individual, con las salvedades que explicitaremos en su momento, interpretan bien las motivaciones de la naturaleza humana, especialmente cuando la miramos a la luz de nuestro comportamiento. Esa es la razón que hace necesario ponerlas en el corazón de nuestra interacción social. Más aún, de esa manera se logran mejores resultados para nuestra convivencia y progreso material y espiritual que cuando se procura instalar a la igualdad como fundamento de nuestras sociedades, como argüiremos en el capítulo 16. En efecto, cada vez que ello se hace, se requiere imponer reglas e instituciones de manera constructivista y artificial, contrarias

a las fuerzas de nuestra naturaleza humana. En ese caso, los resultados no sólo distan de conseguir esa anhelada igualdad sino que, además, su resultado es una menor creación de valor o riqueza, y reduce la enriquecedora diversidad que la libertad nos genera.

Sin embargo, y como también argumentaré en este libro, el que la libertad sea un mejor pilar fundacional que la igualdad no significa que debamos adoptarla de manera absoluta y descuidar por completo a la igualdad como meta deseable. Las complejidades de la condición humana no permiten hacer aseveraciones así de simplistas. Es necesario, en consecuencia, que la preeminencia de la primera se articule con los elementos igualmente humanos que contiene la segunda.

Los avances teóricos y empíricos de las ciencias sociales evolucionarias nos ayudan a enfrentar estos dilemas con nuevos elementos de juicio para abordar la etapa actual del ambicioso proyecto civilizatorio humano. El camino del progreso es uno posible, pero es estrecho y lleno de atajos laterales falsos, por lo que hay que escoger con extremo cuidado nuestras opciones. Afortunadamente hoy, a comienzos del siglo XXI, tenemos mejores conocimientos sobre nosotros mismos, apoyados en esfuerzos científicos serios y sostenidos, que nos permiten hacer esas elecciones con mayor probabilidad de éxito.

Un ensayo en seis movimientos

Los temas de la moral y la política han sido tradicionalmente tratados desde la perspectiva humanista. En este ensayo, sin embargo, lo haré desde la perspectiva del comportamiento humano, esto es, desde las regularidades que los seres humanos exhiben en sus conductas, y que denominamos ciencias sociales. Estas nos pueden informar respecto de los fundamentos cognitivos y evolucionarios de la moral, conforme a la evidencia acumulada a la fecha, y, cómo aquellos impactan en la construcción de las doctrinas políticas.

Este ejercicio es posible porque los avances en la comprensión de las conductas de las personas ha tenido un sustancial avance científico. No sólo tenemos un mejor aparato conceptual para describir los rasgos que nos hacen humanos —la perspectiva evolucionaria de las ciencias sociales y su descripción de la naturaleza humana en una versión científica—,

sino también mejores herramientas tecnológicas para obtener evidencia empírica que valide las hipótesis propuestas. Tenemos mejores computadores para procesar a gran velocidad infinidad de datos y hay mejores herramientas estadísticas para interpretarlos. Hay equipos de resonancia magnética funcional más sofisticados, que permiten conocer los flujos sanguíneos que ocurren en el cerebro cuando éste realiza diversas actividades. Además, tenemos todos los conocimientos que aporta la neurociencia, la economía experimental y otras disciplinas, que crecientemente están construyendo un mejor escenario de las motivaciones y conductas de las personas. Eso, sin contar la inteligencia artificial y los algoritmos que utilizan varias capas de redes neuronales —el llamado *deep thinking*— que permiten establecer, incluso a veces con más precisión que las declaraciones verbales de los sujetos, aquello que éstos pretendían hacer.

Este libro fue concebido en seis "movimientos", como si fuera una obra musical. El primero de ellos es el que trata, precisamente, del comportamiento humano. Contiene cinco capítulos y su tempo es el de *andante maestoso*. El primer capítulo describe la perspectiva evolucionaria, la que permite entender cómo surgen los impulsores del comportamiento humano e introduce los tres imperativos que restringen su dinámica: el imperativo termodinámico, ley física universal imposible de soslayar para los organismos vivos; el imperativo biológico, que dirige a esos organismos a la sobrevivencia y reproducción, sin el cual no habría ser vivo de qué hablar ni nada que explicar, y el imperativo económico, esa ineludible escasez de recursos a la que los organismos inevitablemente se enfrentan. El segundo capítulo establece la distinción entre *natura* y *cultura*, fundamental, como ya he adelantado, para todo lo que sigue. Luego, los siguientes tres capítulos tienen por objetivo describir lo que he considerado son los tres impulsores conductuales más importantes que sustentan nuestra vida social: la dualidad altruísmo/egoísmo, la psicología coalicional y la búsqueda de estatus, que se traduce en el permanente afán de diferenciarnos más que de igualarnos en la jerarquía social, cualquiera que sea la métrica que utilicemos para ello. El proceso de construcción de esos impulsores ha sido pausado, como son los procesos evolucionarios, y por eso lo de *andante*, pero, al mismo tiempo, la majestuosidad de lo que la selección natural fue capaz de hacer moldeando la arquitectura neuronal de nuestro cerebro le da el carácter de *maestoso.*

El segundo movimiento está dedicado a la psicología moral, la disciplina científica que procura entender los mecanismos mentales que producen nuestros sentimientos morales y que nos instan a hacer juicios respecto de las conductas propias y ajenas, tanto aquellas que nos afectan directamente como las que afectan a terceros. Está construído en torno a cuatro capítulos. El primero de ellos está orientado a dilucidar si nuestra moral es innata, adquirida o una mezcla de ambas. El siguiente trata de los sentimientos morales como la base fundacional de la moralidad de nuestra especie, para luego, en el tercero, referirnos al cálculo moral, ese esfuerzo razonado de costo-beneficio que efectuamos para hacer calificaciones morales. Finalizaremos con uno que recapitula todo lo anterior en un esfuerzo ordenador para dar unidad y consistencia a los tres anteriores.

La moral constituye el soporte que le da sentido a nuestras doctrinas políticas, y de ahí que sea indispensable examinarla si luego queremos abordar los pilares de una sociedad libre, pues ellos descansarán necesariamente en consideraciones morales. El *tempo* de esta segunda parte del libro será un *adagio vivace.*

A continuación, en el tercer movimiento, introduciré un breve interludio epistemológico, cuyo *tempo* he llamado *adagio pensante.* Me pareció que analizar fenómenos como la moral o la política desde la perspectiva del comportamiento humano, apoyado en conocimientos científicos en vez de la tradicional aproximación humanista, era un ejercicio que requería de un sustento epistemológico. O sea, se hacía necesario discutir el grado de "verdad" o validez que esos conocimientos tienen y mostrar que están fundados en las mejores herramientas intelectuales que tenemos hoy. Para ello, indicaré cómo se conecta el mundo material de nuestro cuerpo y sus funciones biológicas, con nuestro sistema nervioso central y nuestra mente, y cómo se puede abordar el mundo intangible de nuestras emociones y pensamientos desde un punto de vista científico no reduccionista. Indicaré por qué podemos adoptar una perspectiva de tercera persona en ese análisis, y cómo eso evita alzar a la subjetividad como una muralla infranqueable para entender las conductas humanas. A su vez, procuraré mostrar cuál es el grado de validez científica que tiene esa aproximación.

Como se trata sólo de un interludio, no ahondaré en todos los recovecos que un tema tan complejo como ese es capaz de producir. De todas formas, mantendré un tono reflexivo, que le confiere el calificativo de *adagio pensante.*

El cuarto movimiento está dedicado a analizar los nudos del debate político-moral que caracteriza a las sociedades contemporáneas. Sus dos primeros capítulos abordan el objetivo de la política y el origen de las relaciones entre la moral y las doctrinas políticas. En los siguientes cuatro capítulos, enumeraré uno a uno esos nudos: el contrapunto entre el interés propio y el interés general, las ventajas y problemas de las acciones colectivas y la forma de repartir sus frutos, los conflictos y la complementariedad entre el Estado y el mercado —este último entendido como el espacio en el que ocurre el intercambio humano— y el aún no completamente resuelto enfrentamiento entre la globalización y el tribalismo, que tiene su origen, precisamente, en la psicología coalicional.

Intentaré mostrar como todos esos problemas tienen que ver con la dificultad de articular el conflicto entre las disposiciones conductuales humanas de naturaleza individual con aquellas de naturaleza colectiva, conflicto enmarcado en sentimientos morales surgidos a lo largo del proceso evolutivo. Procuraré mostrar, además, que a eso se agregan los problemas de pasar desde grupos pequeños, como los de nuestros antepasados cazadores recolectores, a sociedades globales de millones de individuos anónimos, lo que introduce complejidades y sofisticaciones no anticipadas por los primeros. Su tempo es *allegro vibrante.*

El quinto movimiento está orientado a identificar los elementos fundacionales de una sociedad libre en el siglo XXI. Veremos en el primer capítulo cómo y por qué se genera la tensión entre libertad e igualdad, para concluir que la primera es más esencial que la segunda. Luego, en el siguiente, analizaremos cómo, y a pesar de ello, el "meme" socialista mantiene su poder de seducción, confiriéndole a ese debate una dificutad permanente. A continuación, nos referiremos a las complejidades de las sociedades contemporáneas, que dificultan el diseño de doctrinas políticas basadas únicamente en buenas intenciones, pues el grado de entrelazamiento y de interdependencia en el que se desenvuelve la vida social requiere de un análisis mucho más sofisticado para su construcción.

Con esos antecedentes, presentaré un capítulo destinado a plantear mis posturas respecto de una serie de dilemas de la vida contemporánea, como el aborto, la eutanasia, la clonación, el descarte de embriones fecundados, el matrimonio homosexual, la adopción de hijos por parte de éstos, y la legalización de las drogas, desde una postura liberal. Finalizaré esta última parte con los que considero son los principios fundacionales,

los pilares esenciales, en los que debe sostenerse y basarse una sociedad libre en el siglo XXI, aquella capaz de dar mayores satisfacciones y generar mayor progreso para sus miembros. El tempo de este movimiento será el de *allegro ma non troppo,* que revela el optimismo en el futuro de la humanidad con que, en lo personal, enfrento esta discusión, pero sin que por ello debamos caer en un entusiasmo exagerado en atención a las complejidades y complicaciones que el proceso conlleva.

El epílogo o sexto movimiento, presentará ciertos temas que debieran ser materia de debate en las próximas décadas, como la inteligencia artificial, los robots autónomos y la superinteligencia, impresionantes avances tecnológicos que cuestionan las bases mismas de nuestra existencia. Sin embargo, mientras no se modifique nuestro genoma de manera sustancial —una incógnita para la que aún no tenemos respuesta— los dilemas humanos a que todo ello conduce seguirán dándose al interior del marco conceptual utilizado en este libro. Pero, para no abusar de la paciencia de los lectores, su tempo será *presto*.

He hecho un esfuerzo por presentar todas estas ideas manteniendo una consistencia lógica y he procurado que las categorías por las que nos moveremos en los diversos temas estén adecuadamente concatenadas. Si bien gran parte del material exhibido lo he obtenido de lecturas de diversos autores, de conversaciones con algunos de ellos y con muchas otras personas, la responsabilidad de su edición y presentación, así como de sus errores y omisiones, es mía y es indelegable.

A continuación, los invito a ingresar a esta aventura intelectual con la mente tan abierta como crítica.